

LA LIBERTAD DEL PECADO

“El pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia” (Romanos 6:14)

Estando con nuestros hijos en el Jarrín zoológico de la ciudad de Washington, vimos varias aves con características muy interesantes. Nuestro hijo menor preguntó por las que estaba en unas enormes jaulas volaban mostrando mucha alegría. Su hermano mayor le contestó: “Están contenta por que pueden volar sin peligro. Todos sus enemigos están afuera y no las pueden lastimar”. Esto ilustra la libertad que el cristiano tiene en la ley. Está protegido por la gracia de Dios.

Todo el que rehúsa entregarse a Dios, esta bajo el dominio de otro poder. Puede hablar de libertad, pero está sometido a una abyecta esclavitud. No ve la belleza de la verdad, pues su mente está regida por Satanás. Mientras se jacta de estar siguiendo los dictados de su propio juicio, en realidad está obedeciendo al príncipe de las tinieblas.

Cuando somos liberados del pecado, nos convertimos en siervos de Dios. Ser siervo de la justicia es la única libertad verdadera. Cuando obedecemos a Cristo, quedamos liberados del poder del pecado. El Apóstol Pablo se gloriaba de ser esclavo de Jesucristo porque había experimentado la única libertad verdadera que jamás conoció. El Hijo de Dios lo había liberado y ciertamente era libre.

Cuando un joven y una señorita que han vivido vidas separadas e independientes deciden casarse y unir sus intereses, ninguno de los dos procede por su cuenta. Siempre parecen estar juntos u se consultan en todos lo planes. ¿Sienten por eso que están esclavizados? ¡Ciertamente no! Esa es la libertad del amor verdadero.

Collins Sergio, Sabiduría para Hoy, 1999.